

—¡Ya es tarde! dijo con desesperación. ¡Han desaparecido!

—Todo lo ha echado á perder la imprudencia de ese infeliz; pero los asesinos no pueden estar lejos.

Efectivamente, cerca estaban; pero ¿cómo adivinar hacia dónde se habían dirigido?

En aquellos instantes no podía el sargento disponer mas que de los dos guardias, y esto era poco para explorar por todos lados el terreno.

Involuntariamente pronunció el nombre del sacristan, y esto nos recuerda la situación crítica del miserable hipócrita.

¿No habia adoptado ninguna precaucion al saber que el juez y los guardias se dirigian á la casa ruinosa?

Era imposible que Braulio esperase tranquilamente los sucesos.

Si se apoderaban de sus cómplices y estos confesaban la verdad, el sacristan estaba perdido.

Huir era reconocer implícitamente su trímen.

Quedarse era arriesgar demasiado.

No podia Braulio ser un criminal como otro cualquiera, y por consiguiente algo tenia que hacer para evitar el golpe que le amenazaba.

¿Qué determinó?

Lo averiguaremos en tanto que el juez y las guardias socorrian al desdichado Andrés y hacian cuanto es imaginable para encontrar á los asesinos.

CAPITULO VIII

EL CINISMO DE BRAULIO.

Braulio habló con unos y con otros, escuchando con profunda atencion las noticias que daban sobre la desaparicion del niño y los comentarios que del suceso se hacian.

Las palabras pronunciadas por el sargento habian sido tomadas por muchos al pié de la letra, creyendo firmemente que las brujas habian sido las que se habian apoderado de la tierna criatura.

El sacristan se separó de los aldeanos, empezando á discurrir y á calcular con una frialdad verdaderamente horrible.

Los que habian ido en busca de los criminales no podian volver á la aldea antes de tres horas.

¿No era este tiempo bastante para dar un paso decisivo? Creyó Braulio que sí, acabando por tranquilizarse.

En el espacio de tres horas habia tiempo bastante para que el miserable hipócrita hablase con María.

Esta habia vuelto á su casa en el trisísimo estado que era consiguiente.

Su padre no podia consolarla, porque necesitaba tantos consuelos como ella.

El médico se ocupó ante todo en recetar lo que creyó conveniente para evitar que la conmocion violenta que aquellas dos criaturas habian experimentado no produjese una grave enfermedad.

Despues de hacerlo así despidióse el médico para ir hácia la casa de las brujas, porque su impaciencia no le permitia esperar.

El sacristan, que iba y venia por los alrededores de la casa, vió salir al médico y creyó que la ocasion era oportuna para sus planes.

Dando á su rostro la expresion que el caso requeria, entró en la vivienda de don Gaspar, donde aun estaba el cándido sacerdote.

No era Braulio la persona mas apropósito para consolar á sus víctimas, pues estas no habian olvidado lo mucho que el miserable les habia hecho sufrir en otro tiempo; pero fué bien recibido porque creian de buena fé en el arrepentimiento del sacristan.

—Supongo, dijo el cura, que ya sabrás lo que sucede.

Braulio exhaló un suspiro y exclamó:

—¡Estoy horrorizado!

—Y aquí tienes á María que no acaba de entrar en razon y se empeña en que quiere ir á la casa de las brujas, como si con su presencia hubiera de conseguir algo.

—Su impaciencia no me sorprende, replicó Braulio, pues es madre, se trata de la vida de su único hijo y no es posible que espere con calma.

—No, no esperaré, dijo entonces la jóven, y si antes me he dominado ha sido por atender á mi buen padre; pero su estado no ofrece por ahora peligro, no necesita mas que reposo, y con nuestros criados correré hasta encontrar á mi esposo.

—Hija mia, replicó don Gaspar, tú no puedes sufrir tanto, tus fuerzas se agotarán bien pronto.....

—Las fuerzas me sobran.

—Esperemos que no tardarán en volver.

—Pues eso es lo que yo digo, repuso el cura, no tardarán en volver, y traerán al niño, no lo dudeis. Entretanto es preciso esperar y resignarse, porque Dios lo manda así. El tiempo que habeis de emplear en vanas quejas, debe invertirse en suplicar á Dios para que nos socorra.

—Acepto la desgracia y me resigno; pero resignarse no es abandonarse á las circunstancias. No podeis comprenderme, porque lo que una madre sufre, solo otra madre lo concibe. Puedo separarme de mi padre, y por consiguiente no esperaré, á menos que hagais uso de la violencia para detenerme.

Estas palabras las pronunció María con acento de la mas firme resolucion.

En vano su anciano padre y el cura le suplicaron.

Ella se puso en pié, disponiéndose á salir con alguno de sus criados.

—Puesto que el señor cura se queda, dijo Braulio, te acompañaré, pues me tiene en grandísimo cuidado lo que haya podido suceder á mi amigo.

No era la compañía agradable para la jóven; pero no podia rechazar el ofrecimiento sin llamar la atencion.

—¡Cuánto crimen, cuánto crimen! repetia Braulio sin cesar.

Y suspiraba pensamente y levantaba al cielo los ojos.

Salieron seguidos de dos criados, que llevaban una luz. Atravesaron la calle principal de la aldea y tomaron por el sendero hácia la ermita.

Los dos sirvientes iban delante.

María lloraba y pronunciaba el nombre de su hijo.

—Manos á la obra, dijo para sí el sacristán.

Y luego añadió en voz alta y en tanto que fijaba en la joven una mirada devoradora:

—María, si quieres que la vida de tu hijo se salve, escúchame con cuanta calma te sea posible y no des un grito, ni pronuncies una palabra que pueda llamar la atención de tus criados.

A pesar de esta terrible advertencia, la infeliz madre se detuvo, dejó escapar una exclamación de asombro y miró al hipócrita con afán indescriptible.

—Vamos, María, vamos.....

—Oh!..... ¿qué significan tus palabras?

—¡No levantes la voz.....

—Explicáte, miserable..... ¡ahl..... ahora lo comprendo todo.....

—Si en estos momentos me sucediese alguna desgracia, tu hijo moriría, porque están adoptadas todas las precauciones. Aquí me tienes: cuentas con la ayuda de tus dos criados; no tengo armas ni fuerzas para sostener con ellos una lucha; díles que soy el criminal y que se apoderen de mí; pero apenas lo hayan hecho, un puñal se hundirá en el pecho de tu hijo, sin que te quede ni siquiera el consuelo de la venganza, porque no podrás presentar ninguna prueba contra mí.

No es posible comprender el efecto que estas palabras produjeron en María.

La infeliz no acertó á moverse ni á pronunciar una palabra.

Fijábase su mirada con terror profundo en Braulio.

Este contemplaba con júbilo satánico á su víctima.

Habían quedado envueltos en la oscuridad, porque los dos criados seguían adelantando sin apercibirse de lo que tan cerca de ellos sucedía.

Los pequeños ojos del sacristán relumbraban como dos luciérnagas.

María respiraba muy trabajosamente,

Para sostenerse tenía que hacer sobrenaturales esfuerzos.

¿Necesitaba la infeliz mas explicaciones?

Lo que Braulio acababa de decir era suficiente para comprender cuanto había sucedido y para apreciar todo lo horrible de la situación.

El miserable hipócrita era el autor del crimen, y esto no podía ya ponerse en duda, pues él mismo lo confesaba con un cinismo inconcebible.

¿Qué se habría propuesto al apoderarse de la tierna criatura?

Lo decían sus ojos iluminados por el fuego de una repugnante pasión.

Tampoco sobre este punto necesitaba María mas explicaciones.

No dudaba que su hijo sería asesinado, y por de pronto no pensó mas que en salvarlo.

—Ahora no te exijo mas que disimulo, dijo el hipócrita.

—¡Y no puedo acabar con tu mísera existencia!....

—No, María, porque sería pronunciar la sentencia de muerte contra tu inocente hijo..... Mira, tus criados se detienen, y si sospechan.....

—Vamos, dijo con acento breve la desgraciada madre.

Púsose en movimiento como un autómeta que obedece á sus resortes.

—Concluyamos, añadió despues de algunos momentos.

—Para una madre no hay nada imposible.

—Así lo crees porque en tu alma no hay un solo sentimiento noble.

—¿Y qué es lo imposible para una madre?

—El olvido de los deberes que le impone su honor.

—Mas que el honor vale la vida de un hijo.

—Eres un miserable.

—Perdemos el tiempo, María.

—Me has robado mi hijo, me amenazas con matarlo....

¿Que es lo que quieres de mí?

—No debe sorprenderte cuando te exijan una crecida cantidad por el rescate de tu hijo.

—Estoy pronta á satisfacer tu codicia.

—Pero eso no es mas que para cubrir las apariencias, pues lo que verdaderamente me propongo lo sabrás despues.

—¿No has querido ahora mas que decirme que eres el criminal?

—Lo que quiero es que te arregles como mejor puedas para evitar que sigan buscando á mis cómplices en las cercanías de la casa de las brujas, que si se acercan demasiado á ellos, cumplirán las órdenes que tienen y matarán á tu hijo. Ya ves que te doy un consejo por tu propia conveniencia, y otro dia, cuando la seguridad de que tu hijo vive te haya devuelto la calma, entraremos en explicaciones, y este asunto quedará definitivamente arreglado. Lo que has de hacer en estos momentos lo ignoro; pero repito que para una madre no hay nada imposible, y si te empeñas, no encontrarán á mis cómplices.

Semejante exigencia acabó de aturdir á María.

La obligaban á que protegiese á los que se habian apoderado de su hijo.

Esto, por mas que fuera inconcebible, era demasiado cierto.

—¡Dios justiciero! exclamó la infeliz. ¿Cómo permites tanta maldad?

—Ya ves que Dios no te ayuda.

—Esto es demasiado horrible.....

—Ciertamente; pero.....

—Calla, calla.

Si la jóven hubiera podido discurrir entonces con alguna calma, habria comprendido que á los criminales no les convenia agravar su situacion dando muerte al niño.

Al hacerlo así no habia de serles mas fácil salvarse, sino que por el contrario les seria mas difícil.

Empero lo que la infeliz queria ante todo era que su hijo no muriese, ya lo hemos dicho, pues mientras viviese la tierra criatura, podia la madre abrigar esperanzas.

Quiso reflexionar, pero en situacion semejante la reflexion era imposible.

—¿Qué decides? preguntó Braulio despues de algunos minutos.

—No puedo decir lo que haré.

—De tu resolucion depende todo.

—Déjame, porque si estás á mi lado.....

—Vas á quedar complacida, pero sobre el pecho de tu hijo hay un puñal.

—No lo olvido.

—Por de pronto vivirá tu hijo, y esto no es poca fortuna.

—¡Cobarde!

—Lo soy, es verdad.

—Aléjate, ya te lo he dicho, repuso María, porque si permaneces á mi lado.....

—Te dejo reflexionar.

Y al decir esto el hipócrita redobló el paso, dió alcance á los sirvientes y les dijo:

—Cuidad de vuestra señora. No puede andar tan de prisa como yo, y quiero adelantarme para averiguar pronto lo que ha sucedido.

Signió sin detenerse, desapareciendo á los pocos minutos.

Llegaron á la cruz de la ermita.

Desde allí vieron algunas luces que se movían á larga distancia.

CAPITULO IX.

EN LA CRUZ DE LA ERMITA.

María tuvo que detenerse al pié de la cruz de la ermita. Faltábale el aliento, y toda la fuerza de su voluntad no era suficiente para compensar la falta de las fuerzas físicas.

Mucho sufría la infeliz, pero aun debia sufrir mucho mas cuando se desaturdiese.

En el órden moral sucede lo mismo que en el físico. Cuando un golpe es demasiado fuerte, la sensibilidad se embota, y no se experimenta dolor hasta despues de algun tiempo; así mismo sucede cuando es demasiado ruda una conmocion, cuando llega á su último grado la violencia del golpe moral.

Tanto habia sufrido María en pocas horas, que alguna vez dudó si soñaba.

Por su desdicha era demasiado cierto lo que sucedia, por mas que pareciese inverosímil.

Empero cuando la realidad es exageradamente espantosa, no queremos aceptarla, nos empeñamos en dudar, buscamos afanosamente un rayo de esperanza y aun creemos distinguirle por mas que nos encontremos entre densas tinieblas.

Las ilusiones son engendradoras de desengaños, de amarguras, pero también son un consuelo que nos sostiene y nos infunde valor para sostener esas luchas verdaderamente titánicas y superiores á las fuerzas de la criatura.

El estado moral de María no tiene fácil explicación. Figúraos una criatura que repentinamente recibe un golpe en la cabeza y queda aturdida hasta el punto de no poder darse cuenta de lo que le ha sucedido.

Pasóse la jóven las manos por la frente, y miró á su alrededor.

No vió mas que la luz rojiza y humeante que llevaba uno de sus criados; luz que reflejaba en las blancas paredes de la ermita y que hacia proyectar á la cruz de piedra una sombra de vagos contornos.

Instintivamente se dejó caer María de hinojos al pié de la cruz, apoyando en la fría piedra su frente abrasada por la fiebre.

No podemos decir si en aquellos momentos escaparon lágrimas de sus ojos.

Exhaló gemidos ahogados, y pocos momentos después quedó inmóvil y silenciosa como una estatua.

Entretanto el cielo, antes trasparente y puro, empezaba á cubrirse de negros nubarrones.

Las estrellas desaparecían.

Por momentos hacíase mas densa la oscuridad.

Y el tiempo pasaba, y la jóven no se movía.

¿Para qué habia salido de su casa?

¿Por qué no corría para evitar que fuesen perseguidos los cómplices de Braulio?

Tal vez la desdichada habia perdido el conocimiento, pe-

ro también era posible que dudando, vacilando, luchando en su alma contrarios sentimientos, no se atreviese á decidir.

Dejando correr los sucesos, su conciencia quedaria mas tranquila, porque no tendria que acusarse de haber cometido una torpeza.

Al cabo de veinte minutos no brillaba ya una sola estrella.

La atmósfera era pesada.

Amenazaba la tormenta.

Y lentamente, como una procesion de fantasmas, dirigíanse hácia la ermita algunos bultos informes, entre los que se destacaba la luz de una antorcha que mas de una vez pareció próxima á extinguirse.

Nada de esto vió María. Continuaba inmóvil y con la frente apoyada en la cruz.

Los criados no se atrevieron á interrumpirla.

Los negros bultos se acercaban.

Otros veinte minutos trascurrieron, y por fin aparecieron junto á la cruz el juez y los guardias civiles, deteniéndose y colocando sobre la yerba el cuerpo inerte del noble Andrés.

Tenia éste el rostro ensangrentado y desfigurado hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

María se puso en pié como impulsada por un resorte.

Dió algunos pasos.

Fijó la mirada con extravío en su desdichado esposo.

Luego levantó la cabeza, contempló el negro horizonte, y exclamó con voz destemplada:

—¡Justicia, Dios omnipotente, justicia!

Y pronunciando el nombre de Andrés, exhaló un grito desgarrador, abrió los brazos, vaciló un instante y cayó sin sentido.

—Justicia se hará, ó dejaré de ser quien soy, murmuró el sargento.

Abrióse la negra masa de nubes, fulguró la cárdena luz de un relámpago, ennegrecióse el horizonte otra vez, y como si el Omnipotente hubiera querido responder á María resonó el tableteo horrísono del trueno.

El juez permanecía inmóvil, silencioso y sombrío.

Todas las cabezas se inclinaron.

Una violenta ráfaga de viento apagó las antorchas, y las vaporosas nubes, convirtiéndose en agua, enviaron á la tierra torrentes de cristalino líquido.

Aquellos hombres que no conocían el miedo, temblaron.

La situación era horrorosa.

El cuadro no podía ser mas lúgubre, y no podía contemplarlo con indiferencia sino un impío.

Entre unos matorrales cercanos brillaron dos discos que hubieran podido tomarse por los ojos de un gato montés.

Y en aquel mismo sitio, una voz que conocemos murmuró:

—Satanas me protege, y yo seria el hombre mas ingrato del mundo si me quejase de mi fortuna.

Los dos puntos luminosos desaparecieron.

Diez minutos despues entraba Braulio en su vivienda, ocupándose ante todo en cambiar de ropa para que la humedad no le hiciese daño.

Terminada esta operacion, se fué á la cocina, sentándose junto al hogar, suspirando penosamente, inclinando la cabeza sobre el pecho y quedando inmóvil.

—¿Han encontrado al niño? preguntó la ama de gobierno.

—No, respondió el sacristan.

—¡Jesus!..... ¿Es posible que haya criaturas tan criminales?



Terminada esta operacion se fué á la cocina.

—La desaparición del niño no es la única desgracia que tenemos que lamentar.

—¿Pues qué más ha sucedido?

—¡Ay!..... No quiero pensarlo porque los cabellos se me erizan.

—Pues no parece sino que ha caído sobre la aldea una maldición.

—Señora Juana, debemos respetar los fallos inescrutables del Omnipotente.

—Amen, dijo el ama de gobierno mientras se santiguaba.

—Estoy trastornado y.....

—Señor Braulio, repuso la sirvienta con cariñoso tono, debemos sentir las desgracias de los demás, pero no hasta el punto de que nuestra salud se quebrante, pues el señor cura dice que tenemos la obligación de conservar la vida.

—¿Y cómo he de mirar con indiferencia lo que sucede?

—Está usted pálido, tiene usted cara de difunto.....

—Me siento mal.

—Le daré á usted una vinagrada.....

—Lo que quiero es reposo.

—Pero en fin, ¿qué ha sucedido? Porque la verdad, señor Braulio de mi alma, siento una conmoción.....

—Han asesinado á mi amigo Andrés.

El ama de gobierno dejó escapar un grito de horror.

—Y según parece, la pobre María se ha encontrado de buenas á primeras con el cadáver de su esposo.

—¡Santa Rita y San Pedrol..... ¿Y qué más ha sucedido?

—¿Le parece á usted poco?

—Y tronando, y lloviendo, y usted por esos campos de Dios..... Acérquese usted más al fuego, señor Braulio.

—Ahora temo que al anciano don Gaspar le cueste la vida, porque á su edad no pueden soportarse tan terribles golpes.

—¿Pero quién se ha llevado al niño?

—Debe suponerse que los mismos que robaron en nuestra iglesia.

—¿Pero quién robó? eso es lo que me preguntó á todas horas.

—Señora Juana, dijo con fingida gravedad el hipócrita, la justicia no sabe mas sino que robaron los ladrones.

—¿Y para qué sirve la justicia?

—Ya lo ha visto usted.

—Sí, para incomodar á todo el mundo. El sargento de la guardia civil no hace mas que pasearse por la plaza á todas las horas del día, y así gana el sueldo, y cuando menos se piense lo harán capitan, y Dios sabe si lo veremos hecho un general.

—No murmuraremos, señora Juana.

—Es que yo soy boca de verdades y no me muerdo la lengua, y lo que siento lo digo, porque si callo me indigesto y reviento. Para hacer lo que hace ese sargento, cualquiera sirve. ¿Pues qué, se gana el sueldo sin hacer mas que dejarse crecer los bigotes? Si tuviera que pasar la vida de perrós que usted pasa, sabrian entonces lo que cuesta ganar el pan.

Así continuaron hablando hasta las once de la noche, hora en que volvió el padre cura, haciendo comentarios y pronunciando muchas frases en latin mientras le preparaban la cena.

Los dejaremos porque es preciso que nos ocupemos otra vez de Pepa, de Manolo y del niño.

CAPITULO X.

LA ATREVIDA RESOLUCION DE PEPA.

Pepa y Manolo con el pobre niño habian vagado de un lado para otro, aprovechando para ocultarse las mismas desigualdades del terreno.

La antorcha que llevaban los guardias habia sido muy útil para los criminales, pues no tenian necesidad de fatigarse y moverse cuando veian que la luz se alejaba de ellos.

Solo así pudieron escapar.

Semejante situacion no era sostenible mas que por algunas horas; pero al dia siguiente la guardia civil desplegaria toda su actividad y recorrería la comarca mientras hacian lo mismo los agentes de la autoridad en otras poblaciones, en cuyo caso los criminales debian considerarse perdidos, pues el niño seria bastante para darlos á conocer.

Sabemos ya que los guardias, cansados de ir y venir inútilmente, pusiéronse en marcha con el juez hácia la cruz de la ermita, llevándose el cuerpo de Andrés.